

7 de  
setiem-  
bre.

ciento treinta y dos mil Rusos con seiscientos cuarenta cañones atacaron á ciento treinta y tres mil Franceses con quinientas ochenta y siete piezas de artillería, y de resultas de este combate quedaron en el campo setenta mil hombres entre muertos y heridos, incluso veinte y siete generales franceses y muchos rusos, entre ellos Bragation. No resonaron, pues, de tienda en tienda los cánticos de los soldados segun era costumbre despues de una victoria: Napoleon habia ya perdido mas de la mitad de su ejército, y todavia Alejandro se replegaba sobre Moscou, diciendo que eran necesarios nuevos sacrificios para abatir al antecristo. Era gobernador de esta ciudad Fedor Rostopchin, hombre de verdadero carácter ruso, mezcla de cortés y de feroz, de ingenio agudo y burlon, tan adicto como Kutusof á la causa de la patria, dotado de la misma resolucion y provisto de los mismos medios. Habiendo propuesto estos dos jefes que se incendiáran todas las poblaciones y castillos donde los Franceses pudieran hallar algun descanso, no vacilaron en hacer lo mismo con Moscou (1). De los trescientos mil habitantes que contenia, apenas quedaron veinte mil; los restantes abandonaron sus casas á guisa de nómadas cuando el enemigo se aproximó. Los Franceses entraron en la ciudad con gran ostentacion, como si volviesen á ver su patria, gozosos de hallarse al fin en una ciudad, entre el placer y la abundancia, ó á lo ménos entre gente. Pero ¡ah! nadie sale á su encuentro; las guardias están abandonadas; un vacío, un silencio profundo reinan por do quiera, como cuando se atraviesan las ruinas de Pompeya. Por la noche los soldados hambrientos se regocijaban regalándose con abundantes víveres: celebraban las vísperas de su muerte. La manía de entrar en las capitales enemigas habia inducido á Napoleon á obtener un vano triunfo, que le costó un ejército y el imperio.

14 de  
setiem-  
bre.

Moscou.

Mientras él se pavoncaba en el Kremlin, fortaleza cuyos muros son montañas, y mientras desde allí dictaba reglamentos para los teatros de París, los Rusos decian: *Ya lo tenemos preso*; cuando él pensaba haber terminado la campaña, Kutusof la creía solo comenzada, y el ministro decia á Alejandro: « Señor, dad gracias á la Providencia; la Rusia se ha salvado. » Habiendo resuelto cortar la retirada al

(1) Proclama de Rostopchin. « Su alteza el príncipe Kutusof, para reunirse mas prontamente con las tropas que se le han enviado, ha dejado á Mosaisk á fin de ocupar una posicion fuerte, donde el enemigo no se presentará tan pronto. Se le han remitido cuarenta y ocho cañones y provisiones de guerra, y dice que defenderá á Moscou hasta perder la última gota de sangre y que peleará hasta en las calles. Se han cerrado los tribunales; no importa, amigos: es preciso arreglar los negocios, y no hay necesidad de tribunales para castigar al malvado. Si me fueren necesarios, tomaré jóvenes de la ciudad y del campo. Dentro de dos ó tres días daré la señal: armáos con hachas y picas, ó lo que es mejor, con horquillas de tres dientes: el Frances pesa aun ménos que un haz de trigo. Mañana iré á visitar los heridos al hospital de Santa Catalina, y haré decir una misa y bendecir el agua para su pronta curacion. Yo sigo bien; tenia malo un ojo, pero ahora veo perfectamente con los dos. »

ejército frances para que el invierno lo destruyese, los Rusos que en Smolensko le habian ofrecido la paz, en Moscou la rechazaron. Alejandro dijo en una proclama: « El enemigo ha entrado en Moscou, pero la gloria del imperio no ha quedado ofuscada. Solo posee paredes que no contienen ni habitantes, ni provisiones. En su soberbia se habia imaginado hacerse árbitro del imperio y dictarle una paz ruinosa: ¡vana esperanza! Las tropas que diariamente se reunen de las provincias vecinas cerrarán todos los caminos y destruirán las partidas que salgan á forrajear. El enemigo al entrar en Rusia contaba con quinientos mil hombres; la mitad han sido destruidos ó se le han desertado; con el resto ha ocupado á Moscou; pero si su orgullo no está satisfecho, pronto verá las consecuencias. La Rusia no se humilla al yugo y verterá toda su sangre por defender sus leyes, su religion, su libertad. ¡Dios omnipotente, mira con ojos de misericordia á la Iglesia rusa! ¡sosten el valor y la paciencia de tu pueblo que combate por una causa justa y poderosa! ¡haz que con tu auxilio triunfe del soberbio que la ha atacado, y que triunfando liberte á los reyes y á las naciones oprimidas! »

Apenas entraron los Franceses, comenzó en Moscou el incendio: apagado en un punto, estallaba en diez; los hospitales ardian y los heridos con dificultad lograban salir á morir fuera. Los soldados fatigados de tanto apagar fuegos volvian á sus cuarteles y no encontraban sino carbonas. Al cabo de tres dias la ciudad santa era una hoguera en medio de la cual solo se elevaba el Kremlin. El ejército vencedor se acampó en torno de una ciudad de llamas, en tierras anegadas por las lluvias: el fuego de los vivaques se alimentaba con cuadros y muebles preciosos, y al rededor de ellos oficiales y soldados contusos y llenos de quemaduras se echaban sobre chales de Cachemira, pieles de Siberia y alfombras de Persia. Los soldados se apoderaron de gran cantidad de vajilla de plata; solia verse tambien á un cazador vestido de Cosaco, ó á un Italiano de Baskirio; al Piamontes cubierto con el gorro persa y al habitante de la Romanía con la ropa talar de los Chinos; y las tropas por mas que tuviesen á mano panderetas é instrumentos de gran precio, no podian con su música olvidar el hambre que tenian y la situacion triste en que se hallaban.

Los desastres estimularon el ardor de las sociedades secretas, al paso que los cuerpos que Napoleon habia dejado para proteger la retirada, atacados por los flancos, fueron derrotados. En vano Napoleon hacia proposiciones de paz; en vano pedia que á lo ménos cesase el furor de una guerra popular: « ¿De cuándo acá, le dijo Kutusof, se cree demasiado el ardor que emplea un pueblo para defender su patria contra el extranjero? » Viendo la extension del peligro, quiso Napoleon ejecutar otro acto de su estrategia, que consistia en marchar siempre

adelante. Pensó atacar á Petersburgo y pasar allí el invierno teniendo abiertas por agua las comunicaciones con Francia. Entónces conoció cuán útil le habria sido la amistad de Bernadotte que podia recobrar la Finlandia y atacar á Petersburgo; pero Bernadotte se habia unido ya á sus enemigos. Los generales del gran ejército á quienes los desastres devolvieron la franqueza que les habia quitado la victoria, se manifestaron cansados, pues ya no necesitaban adquirir gloria y deseaban por el contrario gozar en París de lo que tenian. Comenzóse, pues, la retirada sobre Smolensko con carrozas y trenes cargados de tesoros, de objetos de plata y de pieles, consoladas las tropas porque se iban acercando á su patria con las mochilas llenas de telas de seda, joyas y preciosidades. Napoleon antes de salir mandó que se destruyera todo cuanto habia quedado en Moscou en materia de armas, pólvora y víveres: así el mastin muerde la piedra que lo ha herido.

19 de  
setiem-  
bre.Retira-  
da.  
24 de  
octu-  
bre.

Quedaban todavia al ejército frances cien mil infantes con quinientos sesenta y nueve cañones y dos mil sesenta carruajes, buenos y fuertes, si bien la caballería era escasa. Sin embargo, los Rusos redoblaron sus esfuerzos cuando vieron que la venganza de Dios comenzaba. Kutusof cerró el paso al grande ejército en Malojarslavetz; pero el valor, en especial de los Italianos, lo protegió en aquel trance. Los Franceses marcharon luego sobre el Beresina, país ya devastado la primera vez; atravesaron el campo del Moskowa, donde todavia despues de cincuenta dias algun herido invocaba de sus compañeros de armas el socorro ó la muerte, y en todas partes se encontraban que les habian ganado la delantera los Rusos, mas prácticos en el terreno, mejor provistos, servidos por los paisanos, entusiasmados por Kutusof que les hablaba de Buonaparte como del tirano del mundo, y excitados por Alejandro á que apagasen con sangre francesa el incendio de Moscou. Los Cosacos, « miserable caballería, » como los llamaba Napoleon, eran el terror del ejército, no dejándolo reposar ni de dia ni de noche. La confusion que ya desde el principio de la expedicion se habia manifestado entre un ejército improvisado y compuesto de hombres que hablaban idiomas tan diversos, llegó entónces á su colmo: muchos desertaron, otros arrojaron las armas, penetró el desórden entre las tropas, y la muerte hizo en sus filas grandes estragos. De los ochenta mil caballos que llevó Napoleon, apenas quedaban doce mil en noviembre, y de cien mil infantes que salieron de Moscou apenas llegaron cincuenta y ocho mil á Wiasma.

Noviem-  
bre.

Entónces sobrevino un frio agudo y penetrante que debia, no producir, pero sí exacerbar aquel desastre. Comenzó el 6 de noviembre á nevar, borrándose todo vestigio de caminos, de modo que las tropas marchaban al acaso cegadas por la nieve, cayendo en los pantanos. Acosados los hombres por el viento, ateridos de frio, una piedra, un tronco de árbol les hacia

caer, y no siendo ya capaces de levantarse, pronto quedaban sepultados entre la nieve. Sus manos hinchadas y llenas de grietas rompieron los fusiles; helábaseles las extremidades y despues se les gangrenaban, y el que se adormecía no volvia á despertarse. Algunos al descubrir un sendero penetraban por él con esperanza; pero en seguida eran acometidos por los paisanos y los Cosacos que los acechaban, les daban de puñaladas y luego los dejaban espirar lentamente sobre la nieve. Los caballos no heridos á ramplon se deslizaban y caian; golpeaban el hielo para encontrar un poco de agua y roían las heladas cortezas de los árboles para procurarse alimento; despues cuando caian sin fuerzas, los soldados se daban prisa á matarlos para comer algun trozo de su miserable cuerpo ó calentarse las manos y los piés en sus vísceras. Cada vivac, por falta de fuego, se convertia al dia siguiente en un cementerio; los soldados se echaban en el suelo con el morral á la espalda y la brida del caballo en el brazo, y para resistir mas el frio, se mantenian abrazados uno á otro; por la mañana muchos no abrazaban mas que un cadáver, y lo abandonaban sin compadecerlo. Cuando hallaban un poco de leña, ponian al fuego la marmita cuidadosamente conservada, y la pólvora hacia las veces de sal para condimentar un puñado de harina de centeno ó un pedazo de carne de caballo. Un feroz egoísmo reemplazó á aquella generosidad tan propia de los soldados, y ninguno miraba ya mas que por sí, disputándose hasta con la espada el último bocado ó un manajo de paja ó de leña. Si un compañero caía, no se le tendia la mano; á otros antes de que acabáran de helarse se les quitaba del cuerpo la chaqueta de piel para ponérsela caliente todavia. En vano los caidos ó heridos abrazaban las rodillas de sus hermanos, suplicándolos por sus padres, por su patria, por sus amantes que no los abandonasen; y cuando se tocaba á marchar, se arrastraban á cuatro piés lanzando lastimeros quejidos, mostrando á los Cosacos que se acercaban, pidiendo un sorbo de agua ó un tiro ya que no otra cosa, para no caer en manos de aquellos formidables enemigos. Otros se volvian locos, ó mostraban una feroz gravedad entre ridículos harapos.

Un general no habria podido calcular que sobrevendria un invierno tan rigoroso; pero debieran haber entrado en sus cálculos el desórden y el hambre que sembró el camino de cadáveres y dió ciento treinta y cinco mil prisioneros á los Rusos. Los fugitivos robaban y destrozaban los almacenes, y de este modo faltaban víveres para cubrir las necesidades de todos. Solo la guardia de Napoleon se mantuvo unida y fué la que lo salvó.

Concentrábanse sobre el Beresina los ejércitos rusos del Danubio y de Finlandia para hacer frente á los Franceses, á quienes seguian Kutusof y á quienes Miloradowich y Platof acosaban sin descanso, y la batalla que tanto habian de

seado las tropas de Napoleon iba á serles presentada cuando se hallaban incapaces de combatir. En estas circunstancias llegaron Oudinot y Víctor con dos cuerpos de ejército que se habían quedado en Lituania, y que desde las posiciones de Wittgenstein y de Chichakof podían proteger el paso de aquellos miserables restos; pero estos mariscales, cuando por haber dado crédito á las falaces relaciones de los partes napoleónicos, se habían lisonjeado de encontrar un ejército orgulloso con sus victorias, no hallaron mas que sombras asquerosas y amedrentadas, ferozmente severas, sin equipajes, sin armas, sin zapatos; con las narices y las orejas agangrenadas, y lívido é hinchado el resto del cuerpo; con los ojos inmóviles ó ciegos; imbéciles, dementes, arrojándose á sus plantas para implorar de ellos un pedazo de pan. Verificóse el paso del rio con gran desorden: Ney protegió la retirada; la guardia real italiana prodigó heroicamente su vida por defender una gloria que no era suya; cinco mil soldados quedaron á la otra parte, y á la lista no respondieron mas que ocho mil ochocientos. Los comisarios nada habían preparado en el camino, engañados por los boletines que mentaban continuas victorias. Tambien en Francia, en Italia y en Alemania, la sombría tristeza de tantas familias privadas de sus parientes se había dulcificado con el repetido anuncio de triunfos, cuando de repente todo lo desmintió el boletín número XXIX, en el cual Napoleon anunciaba el desastre, atribuyéndolo al frío para que los hombres no pudieran jactarse de haberlo ocasionado. Al mismo tiempo insultaba á los que habían padecido, diciendo: « Aquellos á quienes la naturaleza no había dotado de un temperamento bastante robusto para sobrellevar las vicisitudes de la suerte, perdieron la alegría y el humor festivo y no pensaron mas que en desgracias y catástrofes; los que estaban dotados de facultades naturales, superiores á todo evento, conservaron su viveza y maneras acostumbradas, y en las dificultades que debían vencerse vieron la ocasion de adquirir nueva gloria. » Despues concluía: « La salud de S. M. jamas ha sido mejor. »

¡Buen consuelo para un millon de viudas y de amantes! Napoleon volvía sano y salvo y no tenía ¡una palabra de compasion para tantos muertos, ni una frase de consuelo para los que habían sobrevivido (1)!

Aquella última frase inhumana le era dictada por la persuacion en que estaba de que su grandeza se fundaba en él solo y de que su raza

(1) Todavía fué, si cabe, mas friamente inhumana la nota que puso el *Monitor* á este anuncio de la muerte de cuatrocientos mil hombres: « Ce bulletin, decia, doit ajouter à l'admiration qu'inspirent la fermeté stoïque et le puissant génie de Sa Majesté. Peu de pages dans l'histoire ancienne et moderne peuvent être comparées à ce mémorable bulletin sous le rapport de la noblesse, de l'élevation et de l'intérêt; c'est une pièce historique du premier rang. Xenophon et César ont ainsi écrit, l'un la *Retraite des Dix mille*, l'autre ses *Commentaires*. »

no era nada. Esto lo acababa de ver demostrado entónces. Ocho años de Imperio con todas sus pompas no habían destruido el partido republicano ni el de los que se mantenían fieles á los Borbones, al paso que la persecucion religiosa había aumentado el número de los descontentos. Todos estos se hallaban confundidos unos con otros en las pobladísimas prisiones de Estado, y podían entenderse en el terreno comun del odio contra el opresor, comprendiendo que el servilismo de que Napoleon estaba rodeado no le daba fuerza, ántes bien caeria al primer choque. Semejante debilidad fué tan patente para el general Malet de Dôle, que en medio de París se atrevió á urdir una conjuracion. Pertenecía este general á los Filadelfos, jóvenes que desde 1804 habían jurado matar á Napoleon, y lo seguían á la corte y á la guerra esperando el momento oportuno. Con este cortísimo número de gente acordó Malet que se anunciase que Napoleon había muerto; con lo cual se esperaba que el Senado declararía destronada su dinastía, y que se despertaría el patriotismo con el canto de la *Marsellesa*. Malet condujo tan bien la conspiracion, publicando la muerte del déspota ante hombres que habían cesado de creer en su invencibilidad, que durante toda una noche tuvo á París en sus manos y al ministro de policia en las prisiones en lugar de los antiguos presos. Parte de la guarnicion creyó la noticia, y se habría hecho la revolucion si un general que dudaba de las aseveraciones de Malet no lo hubiera puesto preso. Entónces todo se deshizo de improviso de la misma manera que se había hecho; avergonzada la policia de no haber sabido nada, y los demas de haber aceptado la decretada destitucion, se mostraron feroces en el castigo. Preguntado Malet por un general si tenia cómplices, respondió: « Toda Francia, y vos mismo, general, si el golpe hubiera salido bien. » Habiéndole propuesto que se defendiera, dijo: « El que se ha levantado para defender los derechos de su país, no há menester defensa; » y murió con doce compañeros mas, exclamando: « Ciudadanos, yo no soy el último de los Romanos. » Mientras era fusilado como traidor, se le presentaba en todas partes como un mentecato, tachándose de locura su tentativa.

Y era locura, en verdad, pero locura que revelaba la debilidad del Imperio y le privaba de su prestigio, pues que en una noche se había quitado al emperador su capital, sin que de tantos que le eran adictos, ni uno solo hubiera hecho resistencia. Había mas: ni los conjurados ni los senadores habían pensado por un momento en la emperatriz ni en su hijo, y cuando Cambacéres informó del suceso á María Luisa, lo único que esta dijo fué: « ¿ Me habrían dejado volver á Viena? » Ninguno, pues, creía en la estabilidad dinástica: cuando un decreto lo hacía todo, otro decreto podía destruirlo. Razon tenía Napoleon

para asustarse ante semejantes síntomas (1). Por otra parte, el grito nacional de España y de Alemania tenía tambien eco en Francia; los Ingleses fomentaban las ideas liberales, y en el Mediodía el gobierno se había creído obligado á fusilar á muchos republicanos.

Napoleon conoció, pues, la necesidad de volver al centro de una máquina que solo por él se movía, á fin de reprimir las esperanzas que pudiese originar su desastre y de preparar un nuevo ejército. Cedió, por tanto, á Murat el mando, no por ser el mejor de sus generales, sino por ser rey, y tornó con toda presteza á París. No había dejado tras sí mas que cuatrocientos mil muertos (2). De regreso á París, Napoleon distribuyó elogios y reconveniones, y procuró reanimar la adhesion monárquica; pero el encanto estaba ya roto y los Franceses hastiados de un emperador embustero, que los había engañado con boletines asegurando que el tiempo era bueno y que todo iba bien, mientras las tropas estaban sometidas á padecimientos indecibles. No por esto se corrigió de su frenesí despótico; echó la culpa de los males del país á los liberales (3), y pidió nuevos sacrificios sin querer conceder nada á los pueblos, entre los cuales los reyes habían restablecido el nombre de libertad. Despues corrió á Fontainebleau para celebrar una conferencia con el papa, y á este anciano de setenta y un años, enfermo, rodeado exclusivamente de cardenales fieles al gobierno, le arrancó la firma de un concordato en que renunciaba al dominio temporal y dejaba al arbitrio del metropolitano ó del obispo mas antiguo el dar la institucion canónica á los obispos, si el papa no la daba en el término de seis meses. Con esto quedó tan satisfecho Napoleon como si

5 de diciembre.

18 de diciembre.

1813.

24 de octubre.

29 de octubre.

(1) « Mucho ménos me ofendió la empresa del reo que la facilidad con que se hicieron cómplices suyos los mismos que me parecían mas adictos... Ni uno siquiera podía citar la menor resistencia, ni el mas mínimo esfuerzo para defender y perpetuar la cosa establecida. Ni parecia que hubieran pensado en ello, tal era la costumbre que se tenía de cambios y revoluciones; es decir, que cada cual se había mostrado dispuesto y resignado á ver salir otra nueva. Por lo mismo todas las caras mudaron de color, y muchos se vieron en el mayor conflicto, á lo que, con tono severo, les dije: Pues, señores; ¡vosotros creéis y decís que concluyó vuestra revolucion! Vosotros me creíais muerto... pero ¿el rey de Roma? ¿vuestros juramentos, vuestros principios, vuestras doctrinas? Me hacéis estremecer al pensar en el porvenir. » *Memorial de Santa Elena, noviembre, 1816.*

(2) Napoleon niega las grandes pérdidas del ejército de Rusia, y dice que costó ménos de cincuenta mil hombres á la Francia actual. « El ejército Ruso perdió cuatro veces mas gente que el francés; el incendio de Moscu costó la vida á cien mil Rusos; que murieron de frío y de miseria en los bosques. En la marcha desde Moscu al Oder el ejército ruso se vió expuesto á la intemperie. Todo calculado, la pérdida de Rusia fué seis veces mayor que la de la Francia de hoy. » Aunque esto fuese así, y sería absurdo admitirlo, ¿quién debería responder de la sangre de trescientos mil Rusos muertos en defensa de su país? Conocida es su frase á Metternich: *¡Perdieron doscientos mil hombres, pero no eran Franceses!*

(3) El 20 de diciembre de 1812 decia al consejo de Estado: « A la ideología, á esa tenebrosa metafísica que investigando con sutileza las causas primeras, quiere fundar sobre tales bases la legislación de los pueblos, en vez de acomodar las leyes al conocimiento del corazón humano y á las lecciones de la historia; deben atribuirse todos los males que ha experimentado nuestra hermosa Francia. »

hubiera conseguido un gran triunfo, y excarceló á los cardenales; pero Pio VII no tardó en retractarse y publicó una protesta contra aquel acto de su debilidad.

¿Quién podrá explicar el júbilo que se apoderó de los enemigos de Napoleon y de las naciones que no habían probado de él mas que la tiranía, al saber los desastres de Rusia? La Alemania cantó á sus héroes antiguos y modernos y divinizó á la heroica Luisa de Prusia y al librero Palm, que había muerto asesinado. En Italia se trabajaba para formar un reino independiente bajo el dominio de Murat ó del príncipe Eugenio. El heroísmo español se aumentó con el ejemplo del heroísmo moscovita. Inglaterra se animó á hacer nuevos esfuerzos visto el buen éxito de los primeros, y procuró, no ya excitar en el centro del imperio una guerra civil, sino favorecer en los extremos las tentativas para emancipar á los países sometidos contra su voluntad. Los descontentos antiguos y nuevos continuaron con mas ardor sus trabajos esperando y preparando el día de la venganza. Luis XVIII escribió á Alejandro recomendándole la multitud de Franceses que tenía en su poder prisioneros, é hizo circular en Francia un manifiesto prometiendo la amnistía, la abolicion de la conscripcion y un gobierno templado; cebo de que todos los reyes usaban entónces, persuadidos de que solo con la libertad podría ser abatido aquel á quien la libertad había hecho grande.

Así se pronunciaba la opinion en contra del emperador, al paso que la poblacion se presentaba sin fuerzas; pero entónces se vió cuál era el poder de la administracion imperial, pues que bastó para renovar los prodigios de la Convencion. Mientras el pueblo desfogaba su cólera en alusiones y pasquines burlando la vigilancia de la policia, llegaban de todas partes á manos del gobierno felicitaciones y ofertas de los prefectos y de todos los cuerpos del Estado. No había ya en el país ni artillería, ni caballería, ni dinero, ni jóvenes; pero Napoleon, con su actividad implacable, llamó al servicio á los artilleros de marina; anticipó otra conscripcion, movilizó la primera division de la guardia nacional, y se puso en marcha con una guardia de honor de diez mil jóvenes de buenas familias, que le servía tambien de prenda de la tranquilidad interior; porque todo lo puede aquel á quien nada contiene, ni aun la compasion.

Su lenguaje en estas circunstancias fué el mismo que en los días de la gloria (1), siendo

(1) Decia al cuerpo legislativo:

« La guerra atizada en el Norte ofrecía á los Ingleses ocasion favorable para sus proyectos sobre la Peninsula; pero sus esperanzas se han desvanecido; su ejército ha sido derrotado delante de Búrgos, y despues de grandes pérdidas han tenido que evacuar la España. »

« Yo mismo entré en Rusia, y los ejércitos franceses fueron constantemente victoriosos; jamas los Rusos pudieron hacer frente á nuestras águilas, y Moscu cayó en nuestro poder. »

« Un enjambre de Tártaros volvió sus manos parricidas con-

